

KAROL WOJTYLA ¿SANTO?

La Iglesia no canoniza a un papa; ni a un obispo o a un sacerdote, no un obrero o una madre de familia: la Iglesia canoniza a un hombre o a una mujer, a un hijo de Dios, a un bautizado. Lo que llegó a ser durante su vida, los cargos que desempeñó son el campo en el cual pudo dar testimonio de su santidad, de esa santidad que la Iglesia desea certificar mediante la canonización.

La Iglesia ha canonizado a hombres y mujeres que podrían considerarse como personas comunes y corrientes y aun menos que eso. Si no fuera por su santidad, Juan Bautista Vianney, el que llegó a ser Cura de Ars, hombre cuasi analfabeto, un poco torpe, sin gran talento, habría pasado desapercibido. Fue extraordinario y admirable porque era santo. Si no lo hubiera sido, nadie se acordaría de él.

Y Karol Wojtyla ¿Es extraordinario porque fue santo o, aun prescindiendo de su santidad, era un hombre extraordinario? Y ¿era él extraordinario como persona o lo extraordinario en él fue la vida que le tocó llevar?: ciudadano polaco bajo ocupación alemana nazi o bajo ocupación rusa comunista; seminarista que se prepara para el sacerdocio en la clandestinidad; filósofo, poeta, autor y actor de teatro de excelente nivel; pastor infatigable e indomable que ejerce su ministerio de presbítero y de obispo en circunstancias difíciles, a veces terribles, sin alterarse, sin ceder en nada; y finalmente el hombre, en la historia humana, que ha visto y ha sido visto, que ha hablado y ha sido escuchado por las mas grandes muchedumbres, a lo largo de muchos años, en todos los continentes; el hombre finalmente que ha sido agredido y herido físicamente y que aquejado por larga y penosa enfermedad ha seguido trabajando, enseñando, sirviendo, bendiciendo hasta el instante mismo de su muerte.

Un hombre extraordinario que llevó una vida extraordinaria ¿quién podría ponerlo en duda? Pero ¿pudo llevar esa vida extraordinaria porque era santo? O ¿fue su santidad la que hizo extraordinaria su vida? Eso lo verán los que escudriñen su vida para desentrañar el secreto de su santidad.

La Iglesia Católica es la síntesis de una poderosa inspiración divina – la de Cristo- integrada en una institución humano-divina asistida por el Espíritu Santo. Los santos se esfuerzan por imitar a Cristo y se esfuerzan también por integrarse en la Iglesia y por servirla y acrecentarla, dejándose guiar por el Espíritu Santo. Acentuando la distinción, podríamos decir que hay santos más “inspiracionales” y santos “mas pentecostales” o para usar un lenguaje muy actual, santos más “evangélicos” y santos más “pentecostales”. Karol Wojtyla fue evangélico o pentecostal, o si se quiere fue más evangélico que pentecostal o más pentecostal que evangélico? Tema para los que estudien su causa.

Habiendo sido durante más de 20 años el Sumo Pontífice de la Iglesia Católica, el que aparecía ante el mundo en medio del sobrio esplendor de la liturgia católica, uno diría que fue pentecostal: el hombre guiado por el Espíritu para conducir a la Iglesia –institución humana, ubicada en el espacio y en el tiempo, que participa de los vaivenes de la sociedad y de la cultura y formada por hombres sujetos a la duda, al error y al pecado-, a su destino. Un gran Papa, un gran Sumo Pontífice, un gran líder religioso, un gran conductor de la Curia Romana y del Colegio Episcopal Universal, un gran pastor del pueblo de Dios: eso fue el Cardenal Wojtila, Juan Pablo II, que ocupará un lugar muy grande en la historia del Pontificado Romano y en la Historia de la Iglesia Católica.

Pero todos sentimos que fue más que eso: un gran líder de una poderosa institución humana y divina: Sí. Pero también un discípulo humilde y fiel de Jesús, un seguidor del Evangelio, santo en su persona, en su manera de ser, en su piedad, notoria, emocionante, -como ese largo rato de oración ante el Santísimo a su llegada a la Catedral de Santiago que nos impresionó a todos- su paciencia y su fortaleza ante el dolor y ante las pruebas de su vida, su resistencia incansable para el trabajo, su disponibilidad para la gente, su cariño por los enfermos y los discapacitados, su sentido del humor y su alegría, su cercanía a los niños, la paz interior que irradiaba, ese “sin prisa pero sin pausa” que repetía a menudo, su sentido del otro. Había en él algo que atraía como debe haber atraído Jesús a los que lo veían, lo escuchaban, lo escuchaban y se sentían comprendidos y queridos por Él. Karol Wojtyla fue un inspirado, un discípulo del gran inspirado, del divino inspirador del mundo, fue un testigo y un apóstol, un inspirado y un inspirador como su maestro.

Un sociólogo francés, ajeno a la fe religiosa, que había visto a Juan Pablo II ya muy enfermo, presidiendo la Jornada Mundial de la Juventud, en París, se declaraba asombrado por lo que él había visto. “Nadie en el mundo hoy día, nos decía, reúne en París o en cualquier parte de Europa, a un millón de jóvenes y los deja felices. No es el Papa el que lo logra: esos jóvenes, muchos de ellos, no practican la religión católica, no son hijos fieles y dóciles de la Iglesia en cuanto a institución. Pero adhieren a la inspiración de un hombre santo, que los hace asomarse al mundo de la fe, del misterio, de la vida divina, de la esperanza; es para ellos un gurú, un líder espiritual, un testigo de lo “.

¿¡Que santo debe haber sido ese hombre que lograba un tal efecto, hoy, en nuestro pobre mundo moderno, tan desorientado y tan escéptico!

Todos sabemos que Karol Wojtyla tuvo, desde niño, una especial devoción a María. Que ella lo acompañó durante toda su vida. Que puso en su piedad una nota de ternura. Que fue la presencia femenina y maternal que dulcificó su vida dura, casta y viril y muchas veces solitaria. Que tenía sobre su velador los preciosos libritos de Luis Grignon de Montfort, el “Tratado de la verdadera devoción a María” y el “Secreto de María”. Y que lo que escribió sobre María para exhortarlos en la piedad hacia ella es de gran belleza y de gran profundidad. La santidad de Karol Wojtyla es una santidad mariana y lleva a María.

Esta Cruz del Milenio guarda, especialmente en su Iglesia, su recuerdo. El altar, el tabernáculo, el ambón, el Cristo que la preside y la Virgen de Guadalupe que la acompaña viene de Roma y son un regalo del Papa y mantendrán vivo su recuerdo. Quizás si él mismo, cuando estuvo en Peñuelas, mirando hacia los cerros de Coquimbo, vio con su imaginación de visionario la Cruz que muy luego se levantaría en uno de esos cerros. Y no nos cabe duda que hoy, desde el cielo, nos acompaña su bendición y nos exhorta a seguir el camino que él nos trazó.

+ Bernardino Piñera C.,
Arzobispo Emérito de La Serena